

LA INCIDENCIA DE LA CANCIÓN ROMÁNTICA EN EL NÚCLEO DE LA FAMILIA MEXICANA

Dr. Gabriel Gutiérrez Pantoja¹

"Para Maggi"

NOTA PRELIMINAR

El hablar sobre la familia mexicana implica considerar casi todos los aspectos inherentes a las actividades de los individuos que componen la pequeña sociedad, hemos querido reflexionar sobre una de las particularidades que se manifiestan en el complejo proceso de interacciones entre los integrantes de la misma, la ideología y la cultura; y cómo éstas se estructuran y expresan mediante la canción romántica en el comportamiento individual y del grupo.

Cabe aclarar que el presente trabajo corresponde a una consideración eminentemente teórica, construida a partir de percepciones de la forma en que algunos integrantes de la sociedad mexicana orientan su comportamiento cuando, bajo ciertas circunstancias, escuchan y reproducen gnoseológica y ontológicamente las interpretaciones músico-vocales.

Como es sabido, la configuración de la familia, varía de conformidad con los criterios y condiciones fisiológicas de quienes participan. Así podemos encontrar familias que están compuestas solamente por la pareja, homo o bisexual, por la pareja y los hijos; por la pareja, los hijos y los progenitores de alguno de los cónyuges o de ambos, además de que luego algún pariente con relación consanguínea menos directa como los tíos y los sobrinos, o los ahijados, pueden por alguna situación pasar a integrarse a la sociedad familiar. Pero también hay familias de madres solteras, padres divorciados o viudos y de núcleos comunales. Estas afirmaciones de perogrullo, sólo pretenden precisar la diversa y compleja forma de organización social que se cobija bajo el concepto de familia.

Pero independientemente de la forma en que están compuestas, hay una tendencia de pensamiento predominante que indica cómo debe configurarse la familia, esto es, una concepción ideológica y, por ende, herencia cultural.

Hablar de ideología y cultura no exige la precisión de nuestros conceptos, puesto que ellos contienen tantos significados cuanto se ha pretendido conceptualizarlos. La ideología, nos indica la forma de percepción y entendimiento

que tienen los individuos en el mundo que les rodea, de su mundo personal, como unidades que son; y en su particularidad perciben y actúan de conformidad con los estímulos de su medio ambiente, respondiendo a la otredad que los articula a la sociedad en su conjunto.

Como la sociedad generalmente está formada por individuos yuxtapuestos, cada uno tiene su medio ambiente histórico que le rodea (en el que se incluye el social), ahí cada uno deambula en el tiempo y el espacio que le depara su estar, donde se crean y recrean las ideas, y por lo tanto se construye la ideología.

Esta ideología, no es otra cosa más que la percepción y entendimiento particular del mundo-vida, de esa exterioridad que les rodea, y da a los individuos un contenido que aceptan y valoran en correspondencia al momento sensorial y racional vivido, además de que su aceptación y valoración puede variar de acuerdo con el contexto social en el que se encuentran; así, la ideología es la asunción de valores que pueden ser mutables de acuerdo con la influencia del medio ambiente natural y social.

La ideología se asume, quizás inconscientemente, tanto por el individuo aislado como por éste en sociedad, de forma dialéctica e histórica, es decir, lo que en algún momento se piensa sobre algo en particular, puede no pensarse en otro momento. El ser y el no ser son dos momentos de un mismo proceso ideológico.

Por ende la ideología es el conjunto de las interacciones de las concepciones del mundo de los individuos cuyas vidas se vinculan entre sí, dentro del complejo de las relaciones sociales, y esas son relaciones ideológicas de dominio y sometimiento, donde preponderantemente el engaño y la ostentación sustentan a la ideología dominante y la ignorancia y apatía a la ideología de los sometidos en una dialéctica histórica.

El concepto de cultura, lo entendemos como la creación de patrones o modelos de conciencia ya no sólo de comportamiento individual, sino eminentemente del social, lo que se puede denominar propiamente como el

¹ Profesor del Centro de Artes y Humanidades, UAA

establecimiento de una conciencia colectiva en la que, generalmente, se hace manifiesta la tendencia que se va imprimiendo bajo las directrices que dan al comportamiento de los individuos en colectividad o grupos con una orientación definida por aquellos que de manera sutil o brutal ejercen la dominación social.

Esta descripción del concepto adquiere también los principios más amplios y generales de lo descrito anteriormente en el concepto de ideología y, por lo tanto, rescata el sentido del mismo pero con la peculiaridad y diferencia de que la asunción, transmisión y reproducción de conductas se enraizan en los grupos sociales, en las colectividades simbióticas y se proyectan a partir del arraigo histórico en las acciones hacia el futuro, mediante la creación y/o imposición de los valores de manera consciente o inconsciente, y reproducirlos tradicionalmente, en la manifestación de sus conductas.

La pregunta que procedería es, ¿qué relación tienen la ideología y la cultura con la canción romántica?

LOS MENSAJES DE LA CANCIÓN ROMANTICA

Podemos decir de entrada que la canción, en general y la romántica en particular, es una de las múltiples facetas de la comunicación social, en este caso una forma de comunicación indirecta. Lo circunscribimos en el ámbito de las relaciones comunicativas no directas, puesto que implica un proceso de transmisión de mensajes en el que se involucran los compositores, los intérpretes o cantantes, los productores, los distribuidores y los escuchas.

Los compositores, que son los que articulan el mensaje, tienen muy poca relación, salvo que ellos mismos sean cantantes, con los que escuchan, pues hay una mediación que de manera directa asumen los intérpretes e indirecta los canales de comunicación masiva.

Cada canción lleva un mensaje y eventualmente puede tener alguna influencia que parece reflejarse tal vez de manera inconsciente en las formas de comportarse de los grupos sociales.

Lo inconsciente, como decía Freud, indica el conjunto de pensamientos e intenciones de nuestro pensar y nuestro hacer que no necesariamente corresponde a la pretendida situación de nuestro ser racional y que se introduce mediante un proceso secuencial de represiones en algunos momentos fundamentales de nuestro desarrollo psíquico. Así, la canción romántica introyecta, generalmente de manera inconsciente y emocional, y en contadas veces de manera racional, las pautas básicas del principio del placer y del principio de la realidad.

Si bien ello tiene incidencia en todos los integrantes de una familia que tengan la casualidad o la intención de escucharla, ésta repercute en cada uno de ellos de conformidad

con sus vivencias y el recuerdo que tengan de ellas.

En algunas ocasiones, los jóvenes que por primera ocasión se sienten verdaderamente atraídos por alguien que les genera toda una serie de expectativas de sociabilización amorosa, encuentran en la canción romántica, pautas de explicación de su compleja emotividad.

Puesto que la juventud es una temporalidad de la vivencia del ser humano en la que se conjugan todas sus potencialidades; pues se enfrentan el lastre de la dependencia y sometimiento de su tiempo de infancia a la expectativa de adopción de las normas culturales del ser y el hacer del tiempo de los adultos con la endeble y simple arma del deseo de autoafirmación personal de los que implica autonomía, rebeldía y libertad.

En esa encrucijada, los adolescentes, quienes fisiológicamente han abandonado la infancia, desearían dejar de ser culturalmente niños y convertirse ideológicamente en adultos (que incluye desde la adopción de normas de comportamiento hasta la suficiencia económica para consumir), sin entender su posibilidad de ser jóvenes, es decir, de lograr la autodeterminación de su conciencia.

En la canción romántica, se encuentran más comúnmente los mensajes para adultos y los adolescentes ideológicamente condicionados, que para los jóvenes, quienes buscan otro tipo de expresión en el mensaje de la canción; es por ello que en la mayoría de los mensajes los receptores son los adultos, rubro en el que quedan incorporados los adolescentes que difícilmente logran ser jóvenes.

Por esa razón al revisar el sentido de la letra de la canción romántica, debemos entender que su mensaje es particularmente para los grupos sociales cultural e ideológicamente mediatizados, salvo raras excepciones, como ya lo haremos notar.

Por principio hagamos algunas referencias sobre nuestra idea acerca de qué es la canción romántica y cómo se estructura su mensaje.

El concepto de lo romántico, tiene diversas connotaciones; ejemplo de ello es el sentido que se le da a la corriente de pensamiento y manifestación política y artística conocida como "romanticismo"; y si bien este enunciado tiene una serie de connotaciones, lo básico del mismo parte de la premisa de que el romanticismo, independientemente de sus diversas interpretaciones, basa su contenido más en lo racional-instintivo (racionalidad emotiva individual y, por ende, y en gran medida, instrumental), que en lo racional-reflexivo (racionalidad social, tolerante y consecuente) de la acción.

Por ello entiendo la expresión del romanticismo como cualquier manifestación de la emotividad humana en donde lo racional-instintivo no es otra cosa que una reacción

inmediata ante los estímulos del medio ambiente social sin identificar las consecuencias de lo que se hace o se dice, salvo cuando se adquiere conciencia de una actitud emotiva donde la comprensión de sí mismo y de los otros permite ser tolerante.

Así, si el romanticismo es manifestación de lo espiritual (en su sentido etéreo) de lo que se realiza, más fundado en lo emotivo que en lo racional, o, dicho de otra forma, en la racionalidad tecnicada que estimula la emotividad. Así vemos que en la canción romántica se exalta esa condición, con la cual se expresa el amor, y por consecuencia su antónimo, el odio.

No obstante que en algunas ocasiones se intenta suavizar esa expresión con la idea de la ausencia de la emotividad amorosa, calificada como desamor, ambos aspectos son de una u otra manera, el centro del mensaje; la canción romántica rescata así, lo evidente de las reacciones humanas, que en ocasiones se califican como viscerales o emotivas, y en las que encontramos el ejercicio de una razón técnica, instrumental, predominantemente ideologizada y culturizada, que indica la presencia y vigencia de una ideología generalmente dominante.

La canción es esa forma de expresión del lenguaje que se transmite acompañada de una musicalización, que en muchas ocasiones es grata al oído y al entendimiento, lo que permite, mediante su constante repetición, una asimilación de los mensajes que más se resaltan y, cuando deleita, además de la agradable percepción, se hace una introyección, muchas veces inconsciente, del mensaje ideologizado.

Ello se facilita por el alcance de los medios de difusión que es sumamente amplio y mediante ellos se involucra a gran parte de la sociedad en la asunción de conductas derivadas de los mensajes. Pero, dentro de nuestro tópico, uno de los grupos sociales que reciben fuerte influencia de la canción romántica son los enamorados, individuos, parejas y grupos sociales, ya sean adolescentes o adultos, quienes sólo bajo ciertas condiciones psicoemocionales asimilan, adecuan y reproducen la orientación que llevan los mensajes que se reiteran constantemente, y que corresponden a sus valores socioculturales, además de que pueden ser maleables a las diversas posibilidades de asumir mensajes en tanto que ellos generalmente no tienen plenamente definidos sus intereses y su ideología en su relación amorosa, debido a que se enfrentan con un sentimiento inexplicable. Es por eso que pueden asumir fácilmente la tendencia del discurso presente en el momento de escuchar la canción.

Hay que recordar que toda canción es un discurso unilateral, con un sentido indefinido y metafórico, emitido por el intérprete, que va a tener un efecto diverso dependiendo de la formación cultural e ideológica de cada uno de los escuchas. Y si bien podría argüirse que el mensaje de la canción es el mismo, los contextos socio-históricos y psico-culturales en los que se encuentran los receptores son muy diversos.

No obstante que el lenguaje comunicativo es una actividad social, que puede ser usado comúnmente en distintos tiempos y lugares, con diversos propósitos y con múltiples contextos sociales y personales, éste pierde su sentido originario cuando se carece de interlocutor. Es por ello que todo uso de lenguaje requiere de una situación específica.

La canción reviste así una serie de significados de acuerdo con la situación en la que se encuentre el escucha, que pueden ser muy distintos a las referencias que tomó el autor para su composición y de las interpretaciones que se puedan dar al sentido metafórico de las expresiones.

Ello nos lleva a una explosión cuasiinfinita de las concepciones sobre el significado del lenguaje, puesto que la metáfora tiene superiores alcances a los del lenguaje común.

Por ello desentrañar la red de conexiones que puede tener un solo mensaje es una tarea imposible, es por eso que únicamente se puede aspirar a estructurar ciertas tipologías en las que, de manera aproximada, puedan coincidir las diversas formas de entendimiento del discurso.

Así a la canción romántica la podemos identificar y clasificar como una comunicación asumida, entendida como la asunción interpretativa de los mensajes metafóricos contenidos en la misma, lo que deriva necesariamente en lo imaginario de lo referencial vivido de manera real o irreal; o dicho de otra manera, asumimos un mensaje que nos dicta una conducta y que relacionamos con nuestras vivencias pasadas, lo que se constituye en una referencia de lo que realmente hemos vivido o que queremos que lo que no existe, lo irreal, se realice como una de las aspiraciones de nuestra vida.

Hablar de la canción romántica tiene una serie de sentidos e implicaciones debido a que, en México, ésta ha sido entendida de diversas maneras de conformidad con la connotación que se le ha dado a su forma de exposición en ciertos tiempos y medios sociales en que se escuchan este tipo de interpretaciones. Esta comprende una época que podemos llamar contemporánea, en la que no tenemos una fecha precisa que nos indique a partir de cuándo estamos considerando la composición e interpretación de este tipo de música, sino que es la presencia de ciertos autores y/o compositores la que nos da la pauta de la temporalidad, por ello el segundo lustro de la década de los veinte es el punto de partida, época de las primeras canciones de Augusto (Guty) Cárdenas y Agustín Lara, y que corre hasta los años noventa.

Para entender el contenido del concepto de "canción romántica", son diversas las expresiones que se han utilizado para identificar a este tipo de música cantada, pues, en algunos tiempos se le ha calificado como "Bolero", como "Balada", y en algunas ocasiones ambos géneros se refieren como "Melodía"; estos enunciados suelen usarse de manera

indistinta, algunas veces como sinónimos, y en otras se les da una connotación diferenciada.

La primera expresión ha tenido, históricamente, varios significados; uno de ellos lo adquiere en su sentido originario como música popular, cantable y bailable, con un compás temario, y cuya creación se asigna al bailarín español Sebastián Cerezo en 1780. Diversos compositores clásicos, introdujeron en sus obras dicho compás entre los cuales se puede destacar la obra de Ravel.

Más tarde este enunciado se retoma en Cuba y conserva la característica de música popular, pero resaltando lo cantable, ya que mediante el canto se expresa la emotividad, el sentimiento, la condición amorosa, con lo que se divulgan las diversas animosidades de esta situación peculiar del individuo.

En su métrica la estructura se compone de 16 compases, un pasaje instrumental con el requinto de la guitarra que se ha llamado "pasacalle" y un compás de dos por cuatro. La articulación de las expresiones vocales, desnuden al idioma español, mostrando su factibilidad para ser cantado, y expresando el sentimiento de manera poética. Así, el bolero se ha constituido en un mensaje musicalizado para exaltar el despecho, la pasión, el odio, la nostalgia, la muerte, la ternura, el abandono, el idilio y la ausencia. A más de 100 años de sus orígenes reconocidos, un género vigente que comprende desde la melancolía de Guty Cárdenas hasta el bolero rítmico de Juan Gabriel. En ese espacio surgen variantes como la balada y el bolero ranchero.

Decía Guty Cárdena que los versos del bolero son los que todos escuchamos cuando nos enamoramos. El bolero habla de la pareja, con la realización o el estallido del amor, con la suavidad o la violencia.

En cuanto a la balada, también hay una diversidad de connotaciones que se han registrado a lo largo de la historia. El origen de la balada es impreciso, pero desde el siglo catorce se le reconoce como una canción breve, de tema y tono generalmente popular que se mantiene y transmite por vía oral. En el caso de la balada se reconoce también al género dramático narrativo que está vinculado al romanticismo y se caracteriza por la brevedad con que se relatan sucesos legendarios o tradicionales, teniendo como base algún acontecimiento crucial. Más particularmente se calificó después a la balada como la expresión musical festiva y/o melancólica que imprimieron muchos compositores e intérpretes a sus canciones para narrar sus experiencias o aspiraciones amorosas.

Más adelante, ya a mediados del siglo veinte, conjuntamente con el Rock, se siguió cultivando en México la música romántica, tanto el tradicional y el nuevo bolero, así como la expresión de la época y la generación con la "Balada", que cubría el papel musical del romanticismo de la época.

La expresión de melodía, significa una serie de sonidos sucesivos que halagan al oído, por un lado y, por otro, en sentido figurativo, significa una serie de palabras agradables, además de considerarse como sinónimo de armonía y canto. No obstante, también se usa la expresión de "melodía" para referirse al bolero o a la balada.

Esta expresión de lo agradable al oído, es la instrumentación musical, que acompañada de una letra cantada, un discurso sugerente sobre el tópico amoroso, es a lo que se llama melodía que incluye la canción romántica, independientemente de la acepción con la que se conozca.

Las formas en que se reconoce el mensaje musicalizado, llámesele bolero, balada o melodía, son diversas; y si bien todas las modalidades circundan los acontecimientos agradables o desagradables en torno a las aspiraciones, experiencias gratas o no, y/o frustraciones amorosas, las formas en que se articulan los diferentes discursos son casi incontables.

Las letras de las diferentes canciones cultivadas durante diversas generaciones no pierden su vigencia, especialmente aquellas que eran frecuentemente reproducidas constantemente en la radio y que han tenido nuevas interpretaciones, destacándose las de Guadalupe Pineda, Luis Miguel y Daniela Romo.

Las canciones en las que se hace referencia al amor cada uno de los autores vierte sus opiniones, emotivas y sentidas, puesto que en la mayoría de los casos, ese concepto se entiende a partir de enunciados metafóricos que permiten al que escucha darle la interpretación y sentido que pueda o quiera.

Han sido distintas las formas en que se ha referido, entendido y expresado el contenido del amor. Los diversos autores, arreglistas e intérpretes, le han dado su particular contenido y sentido de conformidad con las condicionantes que les inspiran a hablar sobre el mismo.

Pero la finalidad del discurso sobre el amor quiere además expresar cómo se proyecta dentro de esa condición emotiva la relación social con el ser amado que, de acuerdo a lo que se supone, se encuentra en condición similar a la del amante.

Algunas referencias sobre el amor dan a entender que el contenido de este concepto varía entre la manifestación social del intercambio de emotividad y relación corporal, en donde éste es un intercambio de aceptación, tal vez no explícita, entre los enamorados de ser uno para el otro en el momento de la convivencia que dura, de acuerdo con los contratos civiles, mientras se mantiene la relación matrimonial, y se espera que ésta sea permanente. "Hasta que la muerte los separe".

Así, el escuchar constantemente los mensajes de lo que

es el amor, se va creando y reforzando la idea de que éste es esencialmente el compartir con alguien en particular el sentimiento amoroso y la sexualidad, presumiblemente, de manera permanente.

No obstante, el amor como una condición especial y diferenciada, física y psíquica, del ser humano, que se presenta en ciertos momentos y bajo situaciones específicas adquiere diversas connotaciones; ello se debe a que el medio ambiente provoca que se conjunten ciertas afinidades culturales e ideológicas para que el individuo encuentre algo atractivo en alguien. Desde esa posición, los individuos pueden emitir ideas acerca de la cosmovisión que se forma en torno al objeto amado.

Así la introyección del sentimiento es lo que alguien puede expresar en su parecer personal de cómo entiende su amor y lo que lo motiva. Algunas composiciones hacen referencia a ser partícipe de una relación sentimental correspondida, crea un estado de ánimo propicio para compartir agradablemente el tiempo con el ser amado.

También podemos encontrar como una forma de asumir el sentimiento amoroso, la decisión de enfrentarse contra lo socialmente repudiado al asumir personalmente los riesgos de desear a alguien que, a los ojos de la moralidad vigente, no ha cumplido con las normas no escritas del matrimonio. Y así casados y solteros buscan fuera del núcleo familiar a su amante.

El mensaje que manifiesta la canción romántica, en el que se hace patente la introyección y el arraigo del sentimiento amoroso tiene como finalidad, exponer que hay tantas formas de posesionarse de esa situación como condiciones en las que se encuentre un individuo afectado por el amor.

Otro de los mensajes más comunes en las letras de las canciones es la intención y el deseo de que el ser amado forme parte de la idea de propiedad que tiene el sujeto; así, si él ama, exige que lo amen, y con ello asume que ha adquirido la propiedad de la conciencia de quien ama, o la capacidad de disponer físicamente de la persona amada, es decir, se pretende la exclusividad de la relación sexual con otro ser, en muchas ocasiones aún en contra de su voluntad.

Por ello, el amor no es necesariamente, y de manera única: la comprensión, la tolerancia y el apoyo mutuo, como luego se manifiesta; es también la obsesión, quizá inconsciente, de tener y mantener el objeto amado y, por ende, su posesión. Hay muchas canciones en las que de una manera explícita o velada se evidencia el interés de la posesión. La idea de posesión del ser amado es un requisito cuasi indispensable para esta idea del amor, que se manifiesta por el compromiso de exclusividad y por los celos, que se pueden identificar como la demanda por la dedicación única de quien ha adquirido el compromiso de relación bilateral, excluyendo a cualquier otra persona.

Las parejas de enamorados, tienen también la idea de que el amar es el intercambio de afectividades y de compromiso de exclusividad, el que el uno sienta una consideración muy especial por el otro y viceversa; por ello el intercambio sentimental no es otra cosa que la manifestación individual o conjunta de que hay un reconocimiento explícito del deseo de compartir un relación afectiva.

Pero no todo el intercambio sentimental está libre de angustias y anhelos, pues si una de las partes desea integrarse a una conjunción incondicional en la pareja, se incurre en el riesgo de la dominación.

El concepto de amante también ha ido incursionando en la canción romántica; aunque su poca aceptación se debe a que con él se denota una relación que no es ni moral, ni formalmente tolerada, pues la presencia del amante se vincula directamente con los individuos que se consideran ajenos al amor y propensos exclusivamente a la búsqueda de la satisfacción sexual. Por ello la relación de amantes se toma como equivalente a la prostitución, donde ésta no es más que el placer comprado y no logrado mediante la manifestación espiritual.

Aunque en los mensajes musicalizados se ha intentado darle una justificación, en la ideología y cultura social no es todavía aceptado por contravenir la estructura legal vigente.

En la canción de nuestro tiempo se ha llegado al momento en el cual el entendimiento del amor se basa en el intercambio sentimental dentro del cual no se excluye el placer de la sexualidad, se ha trascendido, poco a poco la idea de que la única forma socialmente tolerada de lograr ese intercambio es el noviazgo formal y el matrimonio; ahora, debido en alguna medida a la incidencia de la canción en la concepción ideológica y cultural, el reconocimiento de los amantes se ha ido estableciendo como algo común, aunque el criterio de exclusividad aún sigue prevaleciendo en la mente de la sociedad.

Con base en ello, la no tolerancia de un tercero en discordia dentro de la relación de pareja, se manifiesta mediante chantajes sentimentales.

En la relación social, especialmente en el involucramiento de la emotividad de los vinculados afectivamente, uno de los problemas que se presentan más comúnmente es la competencia por resaltar quién es el responsable por lo que se hace y se dice, que pueda afectar la sensibilidad del otro. Ello se debe a que, en la concepción ideológico-cultural de los mexicanos, el que logra hacer que el otro se "sienta mal", o dicho de otra manera, se incomode por lo que hizo, logra un pírrico triunfo al sojuzgar al compañero de amores y contrincante de vanidades emocionales.

No obstante esa es una práctica casi común que se refleja también mediante la canción. En ella se puede encontrar la

exposición de argumentos mediante los cuales se quiere responsabilizar al complemento de la pareja por el desequilibrio que se ha provocado en la situación emocional y con ello se pretende, mediante un chantaje sutil, sin hacerlo evidente, promover un cambio en la conducta del otro.

La ideología, entendida en el sentido descrito anteriormente, tiene entre sus características promover una visión parcial del mundo y la relación social, así cada uno de los integrantes de la sociedad tiene su concepción de cómo piensan y cómo quieren que sea el medio ambiente que los rodea. A partir de ahí, su perspectiva ególatra intentan socializarla, entendiendo por ello la forma en que alguien desea que los otros se comporten a partir de los valores personales.

El amor puede ser, de acuerdo con la ideología de las personas, pasajero o eterno, es de acuerdo a la intensidad de la emotividad que se tiene en el momento del sentimiento lo que aspira a la eternidad del amor, pero cuando se realizan las expectativas de convivir con el ser amado, la relación se va haciendo rutinaria, y por ello manifiesta la temporalidad del amor; hay composiciones donde podemos encontrar esas ideas, lo que indica la determinación sobre lo finito e infinito del sentimiento amoroso.

Cuando hay una relación emotiva que ha dado gratos momentos y recuerdos, puede llegar el momento en que se vea truncada por múltiples razones, así, la pérdida del placer es uno de los temas que más se cultivan en la canción romántica ya que se describe el haber llegado a un estado de ánimo que resulta de perder o carecer de la placentera relación amorosa.

Son diversas las situaciones en las que se puede plantear la disyuntiva del amor ilegítimo, del triángulo amoroso y por ello la temática se constituye en uno de los favoritos para la canción romántica.

Son muchas las formas en que se expresa el sentimiento mediante la letra de la canción romántica, según lo hemos visto, pues la multiplicidad de formas en que se hace la articulación de los discursos, lleva a considerar que, no obstante esa diversidad, los sentidos son similares. Es por ello que se requiere hacer un análisis del sentido que generalmente se le da al concepto de amor, su forma ideológica y cultural de entendimiento en el núcleo familiar, y la posibilidad de partir de otra óptica para evitar que el amor sea pretexto para los conflictos sociales.

Es necesario no solamente oír, sino escuchar y, a partir de nuestras individualidades, interpretar el sentido de la canción romántica de conformidad con nuestro proyecto de vida, solamente así podemos identificar la trascendencia metafórica de sus mensajes en nuestra vida diaria.

**DIALECTICA Y RETROALIMENTACION
DE LA CANCION ROMANTICA CON
LA IDEOLOGIA CULTURAL**

En el apartado anterior, se describió una de las maneras en que el ser humano expone, mediante el mensaje musicalizado, su entendimiento de la parcela emotivo-apasionante y físico-sexual que se identifica indistintamente como amor.

Así el concepto amor tiene una gran diversidad de connotaciones, pero de manera simplificada podemos decir que ésta es una de las situaciones diferenciadas del estado de ánimo común de los humanos y en ella se unen toda una serie de formas de sentir, que en la cotidianidad parecería imposible juntarlos. La alegría y el sufrimiento, la individualidad y la sociabilidad, la presencia y la ausencia, el recuerdo agradable y la nostalgia, el deseo y la frustración; todo ello forma parte del amor.

Pero la manera parcial en que se expresa, mediante la canción, lo que es el amor, lleva al receptor del mensaje a una vaga idea de lo que quiere decir el compositor acerca del concepto, por lo que todo contenido, que es escuchado y asumido, puede ser relacionado directamente con sus vivencias en las que confluyen sus anhelos, frustraciones o forma de expresar lo que en la vida cotidiana no puede decir directamente.

Así el objeto propio de la relación entre el compositor y quien recibe su mensaje implica la comprensión de lo que para el que lo escucha significa, por lo cual pueden tomarse solamente aquellas particularidades que coinciden con sus experiencias amorosas, independientemente del contenido y sentido en que éstas hayan incidido en su vida.

La comprensión limitada y parcial de lo que es el amor implica que los individuos y los grupos sociales no alcancen a entender, en su mayoría, la razón de su ser y de su vida, sino que ésta la vinculan, a la inmediatez de la referencia que tiene relación con la secuencia de sus vivencias.

Si bien es innegable que las vivencias del sujeto son complejas, en algunos momentos, largos o cortos, intensos o superficiales, aflora la presencia del amor, ese amor que es, en su multiplicidad de facetas, el tema central de la canción romántica.

El amor es un tema muy común, en cualquier parte encontramos referencias a él, ya sea con una formalidad recalcitrante o en una caricatura. Ello se debe a que todos amamos, y eso es una realidad, y una cotidianidad, aunque muchas veces efímera, necesaria para la existencia. El amor es simple y elemental, ello se debe a que cualquier individuo y en cualquier ámbito lo observe, incluso para los ojos más distantes, éste es una realidad presente que a los enamorados se les manifiesta cada día y a toda hora.

Por ello en el amor más sencillo y humilde encontramos multitud de recovecos y sinuosidades, de sombras y dudas. En el amor se unen estas multiplicidades de comportamientos sociales.

Cada amor es un mundo independiente, que coexiste con otros, creando así la totalidad de la multiplicidad de un momento, pero por ello, es parcial y heterogéneo.

No obstante que todos podemos amar, casi siempre admiramos a los que aman, pues se ha creído que el amor es un privilegio de aquellos seres sensibles que son propensos a la afinidad emotiva y que sólo las almas puras y bellas, dotadas de sentimientos extraordinarios, pueden vivir lo sublime del amor.

La razón de este condicionamiento es que no nos damos cuenta de que el amor es parte de nuestra vida material; éste tiene sus raíces en la vida cotidiana, en nuestro deseo de disfrutar nuestro tiempo con la persona que nos parece agradable, por ello el amor nace de la relación entre seres humanos que intercambian una mirada fugaz, pero que se motivan a conocerse, que se congratulan del contacto de las manos que puede extenderse a todo el cuerpo, que se recrean en una sonrisa como parte de la gratificación por estar juntos.

El amor no tiene una sola génesis, sino que se puede crear y recrear cotidianamente, y toda relación amorosa tiene su historia, pues la pareja que tiene una relación solaz o que riñe ásperamente, no es producto de momento, sino que es la consecuencia de una historia, de una relación de vida que se desenvuelven en un largo proceso de armonía y confusión. El amor más apasionante tiene que recorrer un camino y reavivarse a sí mismo desde el principio. El amor es una totalidad que incorpora de todas las parcialidades de los momentos amorosos.

Tal vez muchos de nosotros no podamos explicar lo que es el amor, pero lo sentimos como una atmósfera envolvente, un medio ambiente que se prepara y cultiva, donde lo que otrora era insignificante, como la tonalidad de la flor o el trino de ave, adquiere un significado relevante.

Porque lo sentimos, de manera emotiva y consciente, el amor está ahí, como una manifestación festiva o nostálgica, como una presencia latente que es parte de nuestra vida aunque sea una figura parcial, de la totalidad del complejo mundo de la actividad humana. El amor tiene sus tiempos, limitados o plenos, es parcial o completo, trascendente o insignificante, pero tiene una presencia constante que se manifiesta de diversas formas.

Esa presencia está constituida por una pluralidad de espacios en los que habita el amor, tanto individual como social, en los que se encuentra el origen de su dinamismo y complejidad. Existe gran dificultad para comprender la multiplicidad de seres, situaciones y esferas íntimas o exteriores de los amantes; ello crea una imagen del amor como una existencia espiritual, independiente, cuya raíz es misteriosa y oculta, ajena a los enamorados, es decir, se erige como un Espíritu que trasciende a sus protagonistas. Pero estas limitaciones en la comprensión, se deben a que

los enamorados no alcanzan a entender en realidad que el amor es una creación humana, que viven, perciben, sienten, los enamorados por su mera condición.

Crean, que no hay nada más fácil que amar, que lo difícil puede ser encontrar quién lo ame como uno piensa que debe ser amado y que los problemas para encontrar la felicidad en el amor se debe a la ausencia de un encuentro fortuito para encontrar a la persona adecuada. Para hacerlo los individuos se preocupan por ser atractivos, cada uno en su medio ambiente cultural.

Así al amor se le asigna una cualidad misteriosa por la cual dos personas se atraen mutuamente, y con ello, ese acontecimiento que ocurre sin gran esfuerzo, se piensa que se puede mantener de manera permanente.

Aunque se piensa que el amor podrá perdurar, después de que se ha remontado la sensación de soledad y la satisfacción de la sexualidad, el amor puede terminar. Entre los factores que a ello contribuyen están el pensar que el proceso de descubrirse mutuamente ha concluido y de saber prejuiciadamente que en esa relación todo ha sido conocido, y no hay más por qué motivarse. Así entendido, el amor fue una vivencia que se pierde con la misma rapidez con que se obtuvo.

Así visto, el amor parece ser un capricho, cuando menos, ello es lo que se ha aprendido mediante la canción romántica; en contraste con todas esas ideas confusas, el amor, como ya se dijo, es un sentimiento muy especial, exclusivo y diferenciado, propio de vivencias inéditas.

Si bien cada ser humano tiene su capacidad para amar, su realización es muy difícil en una relación social, como veremos más adelante, puesto que después de la euforia de los primeros contactos, de la curiosidad por descubrir y conocer al otro, el egoísmo va interponiéndose.

No obstante las múltiples reflexiones que existen sobre lo profundo y trascendente del amor, éste tiene una realidad superficial animada por la ideología y la cultura que se proyecta en las distintas formas de interpretación de la canción romántica, y dependiendo de la percepción, apreciación y reflexión que se tenga sobre el mensaje de la misma, ésta puede tener un estímulo liberador o enajenador.

En el amor los sentidos: la vista, el oído, el olfato y el tacto juegan un papel primario, el gusto puede operar como complemento. Pero ninguno de ellos operan como entes ajenos a nuestra forma de pensar el mundo, así, sentidos y pensamiento hacen una unidad.

Los ojos, en su función de captar las imágenes de la realidad que se presentan como un reflejo fiel del objeto que se ha mirado, da una idea de la concepción que existe entre lo que es estéticamente agradable y lo que ideológica y culturalmente se asume como tal. Así, el mirar es reconocer

lo propio o lo ajeno del mundo circundante, entenderse como parte de él o engañarse pretendiendo pertenecer a lo que le es ajeno.

Esta labor de la mirada es penetrar en el mundo, incrustarse en lo que no nos pertenece, pero por ello, cuando nos identificamos con esa realidad, intentamos apropiárnosla. Preferentemente nos apropiamos de aquello con lo ideológicamente nos identificamos, que forma parte de nuestra concepción del mundo, incluyendo a los seres humanos.

Nuestra relación visual con los humanos que nos parecen atractivos persigue una búsqueda y también una selección, ya que la forma del otro es determinante para compenetrarnos o simplemente para acercarnos en esa intención de hacerlo nuestro. Los ojos recorren al sujeto que tienen ante sí, lo inspeccionan; lo relacionan con nuestra idea de lo agradable, de lo bello.

Pero los ojos no pueden compenetrarse, son simplemente la avanzada, la aproximación a eso que es grato a la vista. Para ello se requiere de la participación de los otros sentidos; primero el oído, nuestro oído, que percibirá el timbre de la voz que pueda relacionarse con esa imagen, para luego, tratar de escudriñar en lo que la vista no puede mostrar; su pensamiento, sus emociones, sus deseos.

El oído percibe aquello que se nos expresa en sus tonalidades; el sonido estridente de un rechazo o la armoniosa sonoridad de una aceptación. Luego podremos, a partir de sus percepciones, recordar qué se nos dijo, cómo y de qué manera. El oído es también un auxiliar para aproximarnos.

El olfato, por su parte, tiene una relación, como la vista y el oído, con la ideología y la cultura. Hay aromas que son comunes a nuestra cotidianidad, y hay otros que son ajenos por lo que su presencia puede significar el hedor, lo desagradable. Por la relación del aroma del otro con el nuestro, sabremos la afinidad que posiblemente existe entre dos seres.

La unión de estos sentidos y la primitiva participación del tacto, en el roce de una furtiva caricia, junto con la forma de pensamiento, pueden constituirse en una primera aproximación a la práctica de la apropiación del otro y consecuentemente a la exigencia de la exclusividad en la relación emotiva, basada inicialmente en el anhelo y el recuerdo de lo gratificante de los momentos y los espacios compartidos.

Finalmente, el tacto es el sentido que, en conjunción con los anteriores, puede consumar la apropiación. La vanguardia de este sentido está asignada a las manos; son las manos las que inicialmente toman la otra mano, tocan la cintura, la espalda, los hombros, las piernas.

Asimismo son la avanzada para quitar los obstáculos que ocultan e impiden tocar directamente la parte no comúnmente

visible de la piel. Penetran por abajo del suéter, la blusa, la falda, el brassiere, o cualquier otra prenda femenina; la camisa el pantalón, la chamarra o lo que constituya la vestimenta masculina; abren los botones, los cierres, los broches para bajar, jalar, sacar, toda aquella prenda que impida llegar al interior.

Las manos acarician y apresan el otro cuerpo, la otra piel, y ayudan a que nuestras otras partes del cuerpo, que complementan el sentido del tacto, perciban la calidez o frialdad de aquel cuerpo con quien nos juntamos, nos rozamos, nos frotamos.

Así, los sentidos hacen suyo al sujeto ajeno y se convierten en un instrumento de dominio en complicidad con el pensamiento.

Cuando se adquiere la propiedad del otro ser, la vista, el oído y el olfato pierden su primacía en la relación, tal vez sólo se preserven como sustento del recuerdo para avalar la apropiación.

Ahora, tocar es el principio del nuevo proceso de conocimiento y de certificar la exclusividad de la apropiación del otro cuerpo, haya o no un aval jurídico o religioso. Este contacto primitivo rebasan el amor del anhelo y del recuerdo y empiezan a amarse con el toque repetido, la palpación mutua, encuentran un principio placentero que quizá se vuelva rutinario. Pero en el frenesí de esta experiencia cognoscitiva, propia y reveladora del tacto, va inmersa la idea de propiedad y exclusividad.

De la práctica de estas conductas se origina ese pensamiento del amor, que nace de la experiencia cotidiana y culmina con la idea de una entrega de sí mismo y de una exigencia para adquirir la posesión del otro. Así entendido, el amor es la manifestación de la necesidad de querer, de poseer el sujeto amado, para saber cuál es su relación con nuestros fines vitales. Así, el amor tiene su génesis en la práctica más simple de la vida cotidiana. Es la idea de lograr poseer, lo cual no requiere más sabiduría que la que se obtiene a través de un profundo aprendizaje transmitido por la cultura y amurallado en la ideología.

Los sentidos y el pensamiento, crean así el mundo subjetivo del amor; pero el deseo no siempre se logra como se espera y la resistencia del objeto amado suscita el odio, al no poder poseerlo, por ello se busca su rechazo, su nulificación, su insignificancia. Las entrañas de cada ser frustrado, siempre están prefiguradas de una actitud egófica y posesiva, cuyas manos que aferran codiciosas a preservar las cosas y los seres que consideran propios.

Cuando a partir de esas premisas se forma la idea de pareja, el yo se entiende como el reflejo exteriorizado del nosotros, de alguna manera a los individuos se les diluye la identidad y, por ende, el nosotros es la proyección del yo; en esa correspondencia de la actividad social y jurídica se

enmarca la práctica del amor. La acción del amor se basa en la dualidad de una actividad de la pareja que se pretende recíproca en todos los aspectos, tanto materiales como espirituales, sólo que alguno de los integrantes busca imponer sus principios y su ideología, por lo que la confrontación aflorará de un momento a otro y la relación, si se mantiene, entrará en una inercia desgastante.

Esta forma de realización del yo en la pareja es una afirmación posesiva, una autoalienación y, a la vez, una entrega inmediata, un abandono irracional de sí a los otros, una verdadera pérdida de identidad personal y de capacidad de sociabilización.

La afirmación de la realización del yo y la negación de ser parte del otro con la autonomía personal, hace que uno otorgue la ofrenda de sí mismo, pero que no es más que una alienación, pues aunque parezca que ésta es una entrega generosa, su objetivo último radica en una actitud posesiva y tiene como fin lograr una potente capacidad apropiadora.

La artimaña de este tipo de amor consiste en que es por mí y para mí mismo la realización del sacrificio de mi yo en la relación amorosa. Pero solamente por esta argucia de la pasión egoísta podemos sociabilizarnos, crear el nosotros, la unión amorosa, que nos llevará a perdernos ante la presencia del otro y a que el otro se pierda ante nuestra presencia, pues el yo, aunque pretende tan sólo afirmarse a través del otro, se abraza a él, se funde y desaparece.

Esta forma posesiva crea la factibilidad de la unión amorosa, entre los distintos grupos sociales, esto es lo que crea la realidad del amor en una sociedad egoísta.

Las relaciones generacionales van marcando las pautas de comportamiento, el amor entre adolescentes principia en el anhelo, y en la ilusión; la selectividad de la mirada, la aproximación del oído y del olfato, inicialmente la transgresión de la mano lleva a que ellos queden fundidos inconscientemente y esperando, naturalmente, que la entrega incondicional sea correspondiente. Aquí no hay un conocimiento entre sí, sólo un saber, prejuiciado de la relación que tienen el uno y el otro e ignorando, realmente, por qué se unen. Sin embargo este amor ingenuo y natural es, inicial y preponderantemente, espiritual, porque es la inmediatez originaria en que se manifiesta el espíritu humano.

Pero, aquí en la conciencia espontánea, que siente deseo, angustia, nostalgia, pasión, aparece ya la conciencia de sí mismo. Hay que demostrar lo que valemos y lo que somos para los otros, que sepan que mi ser tiene que estar en el otro ser. Este amor hace propia la conciencia ajena y de la ajena la propia. Amor recíproco de las conciencias que es un bello instante de armonía, pero sólo un instante.

Sin embargo, ninguna conciencia se resigna a entregarse a otra y desaparecer y aparecer a propia voluntad y ajeno respeto. Por ello, en el seno del amor, las conciencias

defienden su independencia y luchan por el reconocimiento individual sobre todo.

Si el ser que amamos no llegamos a tenerlo firme en nuestras manos, lo vemos inalcanzable, evanescente, desconcertante, y vive huyéndonos, angustiándonos y aumenta la desdicha de nuestra conciencia; aún con el sufrimiento estimulado por la frustración, optamos por alejarnos. Más vale un sufrimiento pasajero que un frustrado anhelo permanente.

La lucha de las individualidades de los adolescentes, generalmente inconscientes, de su ser y de su hacer, establece una jerarquización en la relación de pareja, el que domina establece las condiciones de comportamiento del otro, si no hay coincidencia de intereses, la potencial pareja se separa. Quizá haya un primer tiempo en el que la nostalgia de los gratos momentos de las primeras experiencias amorosas, inciten al reencuentro, pero el recuerdo de las incompatibilidades lo rechaza. Sólo el sometimiento del otro es la única posibilidad del reencuentro, sometimiento que no es otra cosa que la pasiva aceptación de nuevas exigencias o la inercia en una relación.

Entre las nuevas exigencias, lo primero que persigue la conciencia singular es el placer, satisfacer sus deseos fisiológicos sin considerar que el otro existe, pues al gozarlo suprime la separación de dos para que se hagan él mismo, porque el placer sólo desea la presencia del otro para utilizarlo con lo que se puede eliminarlo y quedarse sólo consigo mismo. O dicho de otra manera, el placer, es deseo satisfecho que olvida o ignora la presencia del otro a quien toma como un instrumento de su singularidad y le atribuye la misma realidad que a sí mismo.

El objetivo del placer es la satisfacción total de la individualidad, pero su resultado es el vacío por la sencilla razón de que, al no realizarse una comunicación efectiva con las otras personas, los placeres no tienen ningún contenido trascendente y éstos son desplazados por los celos que son una pasión posesiva.

Si hay sometimiento de alguna de las partes, la relación de la pareja termina en matrimonio, cuando éste no se piensa como alternativa para huir del yugo familiar, que es un reinicio de las confrontaciones en otro terreno. La continuidad de la presencia, de la relación sexual, del comportamiento reiterado, deriva necesariamente en una aceptación del sometimiento, sutil o brutal de alguno de los integrantes de la pareja. Pero necesariamente llegará el momento de la agria confrontación, los motivos podrán ser múltiples, pero el argumento de fondo se basará en el reclamo de no respetar el haber aceptado formalmente, ante el juez civil o el sacerdote, ser propiedad del otro.

Así el matrimonio y la familia son inercia de una convivencia en la que los reclamamos, hasta por la acción más nimia, son el pan de cada día y la lucha no es sólo contra la

pareja, es también contra todos sus aliados que incluye a la familia, a los amigos, a los amantes; además hay influencia para que se desintegren por las fuerza externas constituidas también por la familia, los amigos, los amantes.

No obstante la problemática social que implica el matrimonio, éste es la expresión de la unidad natural de la pareja humana. El hombre y la mujer están condenados a casarse, porque el apareamiento responde a una necesidad individual de los seres humanos: la conservación de la especie.

Sólo si se toleran los embates de los grandes ventarrones, el peso de la inercia suele imponerse, y por ello llega el momento en el que se encuentra una nueva fórmula de amor entre los esposos: la piedad mutua, los reclamos intrascendentes, la ternura melancólica, la pacífica convivencia que les hace tolerarse como si fuesen padres el uno del otro, o hijos autónomos pero que, por haber crecido juntos, llegan hasta hacerse semejantes en gustos, afinidades e intereses para soportar finalmente el peso de la edad.

Pero el conflicto social de la relación posesiva no se reduce a las relaciones de adolescentes y a los matrimonios, formales o informales. Este también puede ser identificado en la relación de los amantes.

La relación de los amantes puede tener un principio o reinicio, de conformidad con lo descrito en la relación de los adolescentes o de los esposos, pero luego, cuando se pierde la vivacidad y efusividad de la relación, tiende a destruir al otro como individuo para apropiárselo y fundirse con él, lo que constituye una pasión propia del medio ambiente social y cultural. Los reclamos, persiguen poseer al otro como si fuese un objeto precioso que deseamos nos pertenezca. Así, cada amante intenta, de manera apasionada, apoderarse del alma y del cuerpo del otro, es un ladrón de las propiedades de alguien para cambiar al amado de propiedad, hacerlo de su propiedad.

El amante dominador, ansioso, insiste en la renovada presencia del placer, por el contrario, el amado sumiso aprende a refrenar su deseo, retardar la satisfacción o consumirse de deseos pues debe siempre esperar la llamada del amante para poder entregarse. Su destino es satisfacer cada vez que el otro lo desee.

Este dominio de sí es la posesión de los otros que continúan viviendo con toda la independencia que les da su dependencia, por ello se convierte al yo en eje del deseo mismo y para el otro, en un trasfondo oscuro, permanecen presentes los objetos fantasmales del deseo.

La relación de los amantes no es más que una falsa reconciliación amorosa, o tal vez una tregua sosegada en el luchar incesante de los amantes por amar pero también por poseer, porque la posesión es lo que permitirá tener un mayor control, aún con lo limitado que sea, sobre el placer, y con

ello nulificará la potencialidad del amor.

En la percepción de la relación emotiva de la sociedad mexicana el amor ha perdido su capacidad de ser un asunto social, al reducirse a la confrontación de poseedores de los unos con los otros.

Toda nuestra ideología y nuestra cultura está basada en el principio capitalista del intercambio motivado por el deseo de adquirir, poseer, comprar, en la relación emotiva, también subyace idea de un intercambio mutuamente favorable, pero el deseo no siempre es correspondiente a la realidad.

Todo ello se refleja necesariamente en la forma general de articulación de discursos superficiales que se reproducen mediante la canción romántica y que comúnmente impregnan las conciencias de los integrantes de la sociedad mexicana.

La relación emotiva, dentro de las condiciones actuales, nos dice mucho del deseo de posesión, del deseo de dominación, y toda relación, en ese constante conflicto, se entrapa en un círculo vicioso. Es necesario buscar las alternativas para romperlo, alternativas pueden ser muchas, pero describiremos solamente una posibilidad; si en la relación de sometimiento, la persona sometida logra invertir la dominación por la dulzura y la argucia de alguien que da pero también sabe pedir, se desencadenará toda una serie de consecuencias en esa bilateralidad; por principio deberemos observar que se ha perdido el temor que caracteriza a los seres sometidos, y se recupera la dignidad pero no sólo la del sometido, sino también la del que somete, creando con ello una conciencia de sí.

Este sería el principio de una relación amorosa racional, liberadora. El problema se presenta por la limitada capacidad que se tiene para entender el amor. Pues es necesario saber que el amor no es la simple relación de intercambio, de dar y recibir, sino que la complejidad del amor es tan vasta como el vivirlo. Ello lo comprendemos cuando penetramos en sus más recónditos abismos, en sus vericuetos, en la sinuosidad de sus caminos interiores.

El amor es complejo porque es diverso, contradictorio; no hay un modelo de amor puesto que son distintos los seres que lo crean. Cuando nos asomamos de manera superficial y queremos adentrarnos en el universo del amor, nos asombra su riqueza plural, y nos deja perplejos y desconectados el misterio profundo que encierra. Porque su presencia por simple y cotidiana que parezca, esconde una multiplicidad de hechos diversos.

Es complejo porque es invisible e imperceptible a la simple sensoriedad ajena, ya que sólo el que ama puede sentir en propia experiencia la compleja gama de inquietudes que circundan al estar enamorado. Por ello nadie puede estar tranquilo cuando empieza a amar, pues no sabemos a dónde nos llevará el amor ni por cuáles caminos, ya que tiene en sí

mismo, el germen de todos los placeres y las tragedias.

Dentro del amor se avanza cotidianamente de un mundo conocido, de una experiencia vivida, a otro insospechado, recorriéndolo entre sombras luminosas y luces ensombrecidas, siempre bajo la asechanza de la inquietud proveniente de la duda, de la inseguridad. Esto hace que el más pequeño suceso adquiera, a veces, una significación total y trascendental para los enamorados, una realidad completa que lleva a la revelación súbita de toda una vida y un destino, sea en el sentido de la plena realización personal, sea en el sentido de perder la vida.

Todo amor es la conjunción en sí mismo de una dualidad, el amar para ser amado pero no, como dijimos, un intercambio de sentimentalidades sino un entregarse todo conservando la identidad, y dejarse amar por amor, es decir por la entrega total del ser amado respetando su identidad. Ello significa que el amor no es la promesa abstracta de la fidelidad compartida, sino es dar todo de sí para que el otro haga lo que pueda y quiera hacer.

El amar es darse y preservarse, es amarse a sí mismo, por ello el amor empieza por una acción impetuosa que busca la propia conservación, la identidad de sí a través del otro y la identidad del otro a través de sí.

El amor así entendido establece la síntesis de los opuestos, del espíritu y de la naturaleza, que en muchas ocasiones existen separados o exclusivos. El dilema de esta separación está en la dicotomía que formulamos entre el amamos en una relación espiritual o en una relación física, sexual.

La idea de esa separación es lo que socialmente, en una sociedad de predominio masculino, permite el comercio sexual mediante la prostitución y el noviazgo como relación afectiva donde el contacto físico consiste en estrecharse la mano, abrazarse y besarse en público. Las relaciones de intimidad requieren, moralmente hablando, el aval social representado por el juez y/o el sacerdote, además de la presencia de parientes y amigos que festinarán la unión sexual con la pretendida pérdida de la virginidad.

La separación de lo emotivo y lo sexual, de lo espiritual y lo natural, tiende a calificar con el enunciado de amor lo primero, lo afectivo, y como necesidad fisiológica a lo segundo. Aunque por ser inherente a la unión en matrimonio de las parejas, con fines de preservación de la especie, se le puede considerar como una extensión del amor; por ello en ocasiones a una invitación para tener relaciones sexuales se dice "hacer el amor". Esta separación de espíritu y cuerpo es, según se percibe en algunos núcleos de la población mexicana, el concepto que se tiene sobre el amor, cuando en realidad el amarse implica la afectividad emotiva unida a todos los sentidos corporales, el amar implica esa relación interior y exterior, de la mente y del cuerpo.

Por ello la oposición que se hace entre naturaleza y

espíritu exige un aprendizaje, una experiencia del amor mismo. Todos creemos ingenuamente que para amar es necesario experimentarlo y sentirlo cuando en realidad es necesario aprender a amar; aprendizaje que emerge del sentir y el experimentar.

Si nos dejamos arrastrar por el impulso amoroso, se cometen errores, tropiezos, desengaños y hasta tragedias que nos arrebatan la dulzura del amor, peor que eso, que nos hacen temerosos y cobardes ante nuevos amores. Muchos, en su frustración, optan por hundirse en la melancolía y se retiran a su claustro interior, a lamentarse en una soledad definitiva. Otros renuncian al amor volviéndose misántropos.

Es por eso que el amor se aprende poco a poco, paulatina y progresivamente; es una sabiduría a la que se arriba a través de una historia, de un proceso natural y profundamente humano para conocer esa cara de su realidad.

Pero como se había dicho, el amor no es intemporal, el amortiene condiciones y momentos, es una realidad concreta que se presenta cuando los que se aman tienen posibilidad, deseo y afinidad. Por ello el amor no es eterno, ni siquiera permanente, es la síntesis dialéctica de dos polos antitéticos que confluyen en tiempo y espacio.

Es indiscutible que en los otros momentos hay recuerdos, nostalgias, deseos, anhelos; que son propios de la subjetividad y secuelas de los momentos de amor. Pero en la misma subjetividad se podrá hacer todo para disolver la imagen del ser amado.

Por ello el amor se manifiesta en la interioridad, pero su realidad objetiva continuará haciéndose presente. Así, el amor subjetivo, individual y el amor objetivo, social, se unen en un encuentro común que viven ambos amantes, puesto que por más particular que sea un sentir, se tiene la vinculación con otro ser, y nos percatamos de que el amor que yo siento no es toda mi realidad, sino parte del proceso del universo de los que se aman.

La realización del amor, así entendido, es pasión. Y una vida apasionada está poblada de zozobras, sobresaltos, alegrías dulcísimas, profundas tristezas, desesperaciones incontenibles, anhelantes esperanzas. Es una vida que no tiene sosiego hasta la realización plena y consumada del amor. Después sigue otra fase similar y otra serie de fases hasta que la relación se hace costumbre y la costumbre diluye al amor.

Entonces se pasa a otra historia distinta: apaciguamiento de la llama, la preservación del recuerdo de su esplendor, la manifiesta indiferencia y, si la separación es conflictiva, el tempestuoso estallido del odio.

Así en el amor: de una parte, si nos entregamos perdiéndonos nos hacemos posesivos, y de la otra, si nos entregamos identificándonos, nos hacemos generosos.

El amor se hace, es una praxis vehemente que debemos cultivar con afán y con tesón. Para amar se necesita lograr ser alguien para el amado y estar convencido de ello, la tarea no es fácil, pues supone convencer, con argumentos o ademanes el valor de amar; y argüir es luchar, buscar en otras racionalidades una proyección de la razón propia. El amor es un trabajo del espíritu, una creación total del hombre donde la imaginación, la inventiva, la sutil picardía y las artes de seducción juegan un enorme papel.

Pero no todos estamos capacitados para ello; no obstante, aunque no se utilice esa estrategia de convencimiento, el amor es la elaboración de una serie de actos necesarios que nos permiten expresar nuestras inquietudes para conquistar al otro.

En síntesis, amar es comprender, lo que no significa aceptación compasiva del otro ni implica un juicio de valoración intelectual personal. Comprendemos como una forma de sensibilizarnos a partir de nosotros, sobre el ser de los otros, para entregarnos, para tener una mutua aceptación definitiva, que la queremos como es y nos quiere como somos. La comprensión es la fusión espiritual de los amantes, el aceptarse como son, el entenderse en todos sus actos, sus deseos. La comprensión es la confianza para la entrega recíproca.

Pero toda comprensión implica una autolimitación, un control de nuestros prejuicios, de nuestra ideología con el fin de penetrar en los prejuicios y la ideología ajenos. Por ello el amor es la posibilidad de ser tolerante, racional, que puede realizarse mediante una experimentación viva, decidida. Al unirse dos seres cada uno aporta parte de su vida en la que se amalgaman las emociones, los fracasos, los éxitos, o sea, su realidad personal en el momento del amor; así, investirse con el traje de la tolerancia, puede ser una tentativa, un proyecto ideal, un matrimonio a prueba para comprobar si podemos tener la capacidad de reunirnos con los otros, creando una unión humana conjunta.

En consecuencia, se trata de comprender y tolerar para aproximarnos a la construcción de un tipo de amor histórico, concreto, real, libre. Se busca aunar los mundos particulares para hacer un solo mundo, una realidad de las diversas realidades.

El amor es un proceso histórico natural y humano de la individualidad y de sus potencialidades para la sociabilidad. Atraviesa por distintas etapas como son la insinuación aproximativa en el niño, el estremecimiento dulce pero violento en el adolescente y el apasionamiento del adulto. Cada etapa tiene sus características, sus peculiaridades, pero asimismo tienden hacia la libertad, hacia ser libres por sí y por los otros y todos ellos son parte de la familia.

Por consiguiente en este proceso natural y humano es clara la contradicción dialéctica: el amor surge como resultado de una conciencia del orden social, de la cooperación o

unidad de los humanos, pero a la vez se le vive como reflejo del yo, egocentrismo en su estado puro.

Esa dialéctica implica el ensueño, de ser uno siendo dos, pero por ser dos se esfuerzan por la unidad. Este es un conflicto de quietud que nos ensimisma y al mismo tiempo nos precipita al otro ser; nos hace buscadores inquietos, apasionados de la vida. Pero cuando se tienen sueños concretos de amor, el deseo permanece como un querer desear.

El enamoramiento es reconocer al otro como absolutamente ajeno; reconocer que lo que me atrae de su persona es precisamente aquello que lo hace no ser como yo soy, pero sí como yo quiero si así lo quiere, eso que lo vuelve por completo trascendente en su relación conmigo. En el amor, el otro nos llega desde fuera, nos saca del falso encierro del Ego, se instala en nosotros y permanece ahí siendo un extraño para nosotros. En resumen, saber amar es dejar que el otro sea diferente. Con ello el ideal del amor es encerrarse en su tiempo y en su mundo, y cuanto más aislados estén los amantes más gozarán de su felicidad.

Ello también lo escuchamos en la canción romántica pero por ser ajeno a nosotros no lo valoramos o lo descalificamos.

CONSIDERACIONES FINALES

En esta sociedad y en este tiempo, plenos de violencia político-económica, en que los conflictos se dirimen no sólo en la calle sino en cualquier sitio en el que nos encontremos, incluyendo el núcleo familiar, aún queda un oasis para evocar al amor, el poder disponer de la canción romántica que nos permite el recuerdo y la vivencia de las situaciones emotivas, aún con las limitaciones que ya señalamos como la creación de una ideología y una cultura del egoísmo.

Y aunque podemos afirmar que el principio sobre el que se basa la sociedad capitalista mexicana y los fundamentos del amor son incompatibles, puesto que el capitalismo requiere productos, riqueza, desigualdad; y aunque la sociedad desigual ha creado su concepto y sus reglas para el amor, donde el amor lo implica todo menos el amar, todavía encontramos al amor basado en la naturaleza, en la frugalidad, en la equidad.

La gente que tiene capacidad de amar, en el sistema actual, constituye la excepción debido a que el amor es inevitablemente un fenómeno marginal en la sociedad mexicana, pues cualquier persona a la que se le habla del tema, manifiesta su aspiración a enamorarse, pero dan una fuerte oportunidad a los obstáculos que les plantea la sociedad en la que se encuentran y ellos mismos. Es por ello que los modelos de comportamiento preestablecidos se envían como mensajes musicalizados para que se asuman y se reproduzcan, para que nos eviten pensar y nos condicionen para amar.

Las canciones nos permiten una actitud amorosa que coincida con las normas, y cualquier desviación implica una necesaria contraofensiva. Antes la contraofensiva era la exaltación de las buenas costumbres, la integración familiar, el honor de la familia y el estigma de que lo que Dios unió no lo separe el hombre. Pero exceso de licencias, el exceso de conciencia, la búsqueda del amor, sobrepasó las limitaciones, por lo que se ha tenido que apelar a un nuevo fantasma: el SIDA.

El temor a la muerte, a la ausencia de vida, y los mitos que cultivamos, son factores que ocultan al amor, y ello beneficia a la inercia de nuestra nueva sociedad "moderna"; porque la configuración del espíritu de una sociedad que se dedique a la producción y promueva el consumo indiscriminado de artículos seguirá difundiendo los mensajes, agradablemente musicalizados, para mantener una idea muy estrecha de lo que es el amor, basada en la posesión y el egoísmo.

Pero aquellas composiciones que escapan a la censura pueden servir de pauta para que quien ama se defienda con éxito de los fantasmas que impiden la socialización del amor en nuestro tiempo.

Los que se preocupen seriamente porque el amor sea una respuesta racional al problema de la existencia humana, deben adquirir la conciencia de que para que éste se convierta en un fenómeno social y no en una excepción individualista y marginal, nuestra estructura social necesita incorporar cambios importantes y radicales en su forma de pensar y de actuar, a ello puede contribuir sustancialmente la terapia familiar cuando en su diagnóstico incorpore la racionalización del contenido de la canción romántica para que se logre valorar en la familia mexicana a los enamorados, quienes tienen toda la potencialidad para transformar este agreste mundo.

